



EXPERIENCIAS HETEROSEXUALES EN LA ADOLESCENCIA: IMPLICACIONES PARA LA EDUCACIÓN SEXUAL

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ ALVAREZ

Universidad de Salamanca. Facultad de Psicología

Resumen

En esta revisión abordamos el estudio de las conductas heterosexuales en la adolescencia, desde un marco evolutivo. Nuestro objetivo es ofrecer un contexto a todos los profesionales interesados en la educación sexual, no sólo para la evitación de riesgos, sino para la promoción de una sexualidad voluntaria, sana, satisfactoria y responsable. En concreto, se señalan las actitudes de los jóvenes actuales hacia estas conductas, sus características, y los determinantes sociales, intrapersonales e interpersonales de las mismas. A modo de conclusiones, se indican las implicaciones que tienen para la educación sexual y para la elaboración de programas educativos y preventivos eficaces.

Palabras clave: conductas heterosexuales, adolescencia, actitudes, incidencia, determinantes de la conducta sexual, educación sexual.

Abstract

In this revision, we address the study of heterosexual behaviour in adolescence from a developmental framework. Our aim is to offer a context to all professionals interested in sexual education not only to avoid risks but also to promote a voluntary, healthy, satisfactory and responsible sexuality. In particular we address the attitudes of today's youth towards such behaviour; their characteristics and their social, intrapersonal and interpersonal determinants. By way of a conclusion, we indicate their implications for sexual education and the setting up of efficient preventive and education programs.

Key words: Heterosexual behaviour, adolescence, attitudes, incidence, determinants of sexual behaviour, sexual education.

Introducción

Uno de los temas más recurrentes en el estudio de la sexualidad adolescente es el referido a la actividad heterosexual. Este interés se ha debido principalmente a la preocupación social y científica por los riesgos que conllevan este tipo de prácticas, como los embarazos no deseados, las enfermedades de transmisión sexual o el SIDA (White y Deblassie, 1992). Sin embargo,

no es nuestra intención ofrecer un compendio de los factores que intervienen en la toma de riesgos o en la práctica de sexo no seguro (para ello remitimos a los lectores/as a manuales básicos como DiClemente, 1992; Dryfoos, 1990; Gullotta, Adams y Montemayor, 1993; Moore y Rosenthal, 1993).

Nuestro objetivo es presentar el inicio y la implicación en conductas heterosexuales desde una perspectiva del desarrollo, que sirva de orientación y guía para todos aquellos profesionales interesados en la educación sexual, no sólo por la prevención de riesgos, sino para que estas conductas tengan lugar en un contexto de salud, satisfacción, responsabilidad y ética social.

Desde un punto de vista evolutivo, tenemos que ubicar el acceso a la actividad heterosexual como una consecuencia de los profundos cambios biofisiológicos y psicosociales que tienen lugar con la llegada de la pubertad. Los cambios biofisiológicos (corporales, hormonales, el logro de la capacidad reproductora y la respuesta sexual adulta, ...) y psicológicos, como la especificación de la orientación del deseo o la aparición del deseo sexual, y su posible evocación ante una gran diversidad de estímulos (Fuertes, Soriano y Martínez, 1995).

Socialmente, se reproducen grandes cambios en su mundo relacional, pasando de una dependencia prácticamente absoluta de los vínculos familiares, al establecimiento de fuertes vínculos de amistad con sus iguales. La confluencia de todos estos factores facilitan la aparición de las primeras relaciones de pareja, creándose el contexto idóneo para que un buen número de adolescentes experimenten sus primeras conductas heterosexuales (Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Talmadge, 1985).

Además, estas prácticas tienen lugar en un contexto cultural determinado, con sus valores, normas, costumbres,... y que, de alguna manera, regularán la expresión y manifestación de la sexualidad adolescente (López y Fuertes, 1989). Fruto de la naturaleza cambiante de nuestra sociedad, la situación actual de los adolescentes es muy distinta a la del pasado, y posiblemente sea muy distinta a la de adolescentes futuros. Pero ¿cuál es esta situación?, ¿qué ha cambiado respecto a generaciones pasadas?, ¿cómo ha afectado a los dos sexos?, ¿qué condiciona la actividad heterosexual a lo largo de la adolescencia?, ¿qué implicaciones tiene para la educación sexual?. Aunque somos conscientes de la importancia que otro tipo de conductas (como la masturbación o las conductas homosexuales) tienen en la experiencia adolescente (Fuertes, Soriano y Martínez, 1995), en este trabajo, nos centraremos únicamente en las conductas heterosexuales, por su relevancia y significación para el desarrollo del/de la joven.

Actitudes de los jóvenes hacia la sexualidad premarital

Como en otros muchos valores de nuestra sociedad, la mayor liberalización de las costumbres sexuales, ha favorecido que los adolescentes muestren cada vez actitudes más tolerantes y permisivas (Sherwin y Corbett, 1985; Talmadge, 1985; Thornton, 1990), si bien estas actitudes varían en función de factores como el sexo, la edad, o el tipo de conductas que se tengan en cuenta.

En cuanto al sexo, los chicos muestran actitudes más liberales o permisivas hacia las relaciones sexuales que las chicas (Earle y Perricone, 1986; Sprecher et al., 1988; Sprecher, 1989), aunque a medida que aumenta la edad, o el compromiso en las relaciones, esas diferencias son menores (McCabe, 1987), o tienden a desaparecer (Roche y Ramsbey, 1993). Esto quiere decir que si en un principio las chicas adoptan más las actitudes socialmente esperadas, con el paso de los años, reaccionan con actitudes más críticas e igualitarias.

En relación con el tipo de conductas, ambos sexos aceptan positivamente las relaciones coitales en un contexto de afecto y compromiso emocional, sin embargo este contexto es más importante para las chicas que para los chicos, que admiten en mayor grado las relaciones coitales en otro tipo de relaciones (Darling, Davidson y Passarello, 1992; Roche y Ramsbey,

1993). Además, se ha encontrado una mayor permisividad hacia las experiencias sexuales a medida que las relaciones son cada vez más estables, hacia las conductas de «petting» versus relaciones coitales, y hacia personas mayores de 18 años *versus* 16 años *versus* 14 años (Sprecher *et al.*, 1988; Sprecher, 1989).

Actualmente se supone una tendencia contraria a la «doble moral», adoptando cada vez actitudes más igualitarias. Esta tendencia la observamos en la pérdida de peso de algunos valores sociales que fomentaban esa doble moralidad, como la virginidad femenina, las expectativas sociales referentes al comportamiento sexual de los hombres (a mayor número de experiencias, más valoración social) y de las mujeres (a mayor número de experiencias, menor valoración social), la aceptación de las relaciones prematrimoniales sólo en el hombre, etc. (Roche y Ramsbey, 1993; Zani, 1991). Sin embargo, aunque estas diferencias han disminuido, no han desaparecido. Según nuestra experiencia educativa, no es difícil encontrar en algunos grupos de jóvenes expectativas diferenciales sobre el comportamiento sexual, en temas como el sexo casual (más aceptado en hombres), el número de parejas sexuales, o lo que se espera de los chicos («expertos») y de las chicas (pasividad) en las primeras relaciones sexuales.

Además, es importante destacar que la convergencia entre los sexos en actitudes hacia la sexualidad, no se refleja en otras orientaciones y preferencias más globales; así, las chicas suelen mantener una orientación más responsable, convencional e idealista de la sexualidad, mientras que los hombres se muestran más permisivos, instrumentales y orientados al control, a la actividad sexual y el poder en las relaciones (Hendrick *et al.*, 1985; Kowalski, 1993; Sprecher, McKinney y Orbuch, 1991). Por lo tanto, creemos que en estos momentos debemos hablar de tendencia hacia una mayor igualdad entre los sexos, pero estamos un poco lejos de mitigar toda una serie de actitudes y expectativas diferencias que todavía existen en relación a los chicos y las chicas.

Características de la actividad heterosexual

Los elementos más definitorios de la actividad heterosexual adolescente los podemos enumerar en los siguientes puntos:

1. Los adolescentes, tanto chicos como chicas, tienen relaciones sexuales en edades cada vez más tempranas, ya sea considerando, los primeros contactos, como las relaciones coitales (Miller, Christopherson y King, 1993). Comparando los dos sexos, los chicos inician sus conductas heterosexuales más pronto que las chicas, aunque esta diferencia es menor que en el pasado, posiblemente por los cambios en la conducta de las chicas (BrooksGunn y Furstenberg, 1989; DiBlasio y Benda, 1992; Dorius, Heaton y Steffen, 1993; Earle y Perricone, 1986; Gacrcía Blanco, 1994; Malo de Molina, 1992; Talmadge, 1985; West, Wright y Macintyre, 1993). Además, en la actualidad, participan en actividades como el sexo oral o el sexo anal, en mayor proporción que en el pasado (Katchadourian, 1990; Moore y Rosenthal, 1993; Roche y Ramsbey, 1993).

2. Los chicos se muestran más activos sexualmente que las chicas: es mayor el porcentaje de chicos que de chicas los que dicen tener la primera relación coital más pronto (Thorton, 1990), experimentar mayor cantidad y variedad de conductas sexuales y con más parejas (Miller y Moore, 1990; Oliva, Serra y Vallejo, 1993; West, Wight y Macintyre, 1993), y desear tomar parte en conductas coitales (McCabe, 1987).

3. Los primeros contactos serían a los 13-14 años, y hasta la primera relación coital (aproximadamente, 3-4 años después), tendrían lugar otro tipo de conductas como besos, abrazos, caricias corporales, estimulación genital, etc., evolucionando hacia conductas más íntimas conforme lo hacen las propias relaciones (DiBlasio y Benda, 1992; McCabe, 1987; McCabey Collins, 1984; Miller y Moore, 1990; Miller, Christopherson y King, 1993; Moore y Rosenthal, 1993; Roche, 1986).

Además, los jóvenes en la actualidad participan en conductas sexuales más íntimas (relaciones coitales y sexo oral) en estadios más tempranos de la relación, que los jóvenes estudiados en la década anterior (Roche y Ramsbey, 1993). Esta evolución, desde una perspectiva de desarrollo, les permite ir ganando experiencia, aumentar su confianza y adquirir habilidades para tomar parte en otras conductas sexuales (Thornton, 1990). Sin embargo, esta generalidad no implica que algunos jóvenes pasen del beso al coito en un período de tiempo relativamente corto (Moore y Rosenthal, 1993).

4. En relación al primer coito, tanto las chicas como los chicos tienen su primera experiencia sexual con parejas mayores que ellos, aunque la diferencia de edad es algo superior en las mujeres, y son muy pocos de ambos sexos los que tienen su primera relación con parejas notablemente mayores (Darling, Davidson y Passarello, 1992).

La relación previa entre los partners es algo diferente para los sexos, siendo las chicas las que informan de una relación más íntima y un mayor compromiso que en los chicos, lo que explicaría que ellas tienen mayores probabilidades de seguir teniendo conductas coitales con el primer partner (Darling, Davidson y Passarello, 1992; Oliva, Serra y Vallejo, 1993). Las chicas suelen ser presionadas por sus compañeros, y lo viven como una forma de protección emocional o con la esperanza de que la relación continuará. En cambio, los chicos las describen como episódicas o una forma de iniciación, y donde no se prevé que se convierta en una relación estable (Darling, Davidson y Passarello, 1992; Zani, 1991).

5. Los chicos con los que inician en mayor medida el contacto físico (Guerrero y Andersen, 1994) y la actividad sexual (Delamater y MacCorquodale, 1979; García Blanco, 1994; Oliva, Serra y Vallejo, 1993), aunque las chicas ya no ejercen el rol de limitarlas, y responden de manera positiva a las iniciaciones tan frecuentemente como ellos (O'Sullivan y Byers, 1992). Sin embargo, en ocasiones siguen existiendo desacuerdos entre hombres y mujeres sobre el grado de implicación sexual en una relación, siendo los primeros los que demandan mayor actividad sexual (Byers y Lewis, 1988; McCabe y Collins, 1984), utilizando, una minoría de ellos, estrategias de tipo coercitivo (Byers y Lewis, 1988).

6. No todas las actividades sexuales son vividas de forma satisfactoria. En el primer coito, un número importante de jóvenes, sobre todo chicas, experimentan sentimientos de culpabilidad, indiferencia y desagrado después del mismo, aunque tienden a desaparecer en las relaciones posteriores (Darling, Davidson y Passarello, 1992; García Blanco, 1994; Oliva, Serra y Vallejo, 1993). Este cambio puede ser debido a una mayor previsión y planificación, así como a unas actitudes más positivas hacia ellas. Además, la culpabilidad es mayor si ocurrió en una relación causal, en comparación a una relación íntima (Sprecher, Barbee y Schwartz, 1995).

7. Poco se conoce respecto a otros problemas relacionados con la actividad sexual en la adolescencia, sobre todo aquellos relacionados con las disfunciones sexuales (eyaculación precoz, ausencia de erección en los hombres, vaginismo o anorgasmia en las mujeres, etc.). La vergüenza, el miedo a las reacciones de los adultos o la falta de conocimiento sobre la respuesta sexual humana, pueden ser algunas de las razones de su silencio (Hansen, Christopher y Nangle, 1992).

Para finalizar, queremos señalar dos aspectos a tener en cuenta de cara a nuevas investigaciones. En primer lugar, cuando consideramos una investigación sobre las conductas heterosexuales adolescentes, debemos tener en cuenta el contexto social, religioso y cultural en el que ésta se hace, de tal forma que cualquier generalización sobre las tendencias existentes, debe ser tomada con algunas reservas. Por ejemplo, anteriormente mencionábamos que los hombres y mujeres cada vez manifiestan conductas más similares; sin embargo, West, Wight y Macintyre (1993) han encontrado diferencias muy notables entre los sexos. Los autores concluyen que algunos jóvenes (zona Glasgow), no han hecho la transición secular de la misma forma que otros jóvenes de las Islas.

En segundo lugar, aunque la mayor parte de los estudios encuentran grandes diferencias entre chicos y chicas, en ellos aparecen numerosas contradicciones, como el referido al número de partners (el número de partners que expresan los chicos no se corresponde con la experiencia sexual que informan las chicas), o al tipo de conductas que experimentan (existen diferencias sexuales en las conductas genitales, pero desaparecen cuando se consideran otras conductas como besos, abrazos, caricias de pechos, glúteos, etc.). Esto puede suponer la existencia de una inclinación, por parte de los jóvenes, a contestar más según estereotipos sociales que sobre su conducta real (Roche y Ramsbey, 1993).

Independientemente de los factores de deseabilidad social que subyacen en la mayor precocidad y experiencia sexual informada por los chicos, sospechamos que a medida que las presiones sociales sobre la conducta sexual de las chicas disminuya, ese patrón se puede invertir en nuestra sociedad. Esta tendencia ya se ha observado en otras sociedades, como Suecia, donde las chicas tienen más experiencia sexual que los chicos y la primera experiencia coital tiene lugar más pronto, y en algunos «ghettos» de ciudades norteamericanas (Lewin, 1987, cit. Zani, 1991). Recientemente, esta tendencia se viene confirmando, con mayor o menor significación, en estudios tanto europeos (Zani, 1991) como norteamericanos (Cullari y Mikus, 1990; Darling, Davidson y Passarello, 1992). Desconocemos si esto está sucediendo en nuestro país.

Desde nuestro punto de vista, creemos que habría varios factores que pueden explicar este cambio: por una parte puede haber factores del desarrollo, ya que las chicas maduran en edades más tempranas que los chicos, y por otra, interpersonales, en la medida que las chicas se relacionan con chicos mayores (aproximadamente 2 años) que ellas, mientras que en los chicos la diferencia de edad es mínima, o incluso menor.

Determinantes de la conducta heterosexual en las distintas etapas adolescentes

En la literatura adolescente aparecen algunas revisiones sobre los factores relacionados con la actividad heterosexual. Sin embargo, en ellas se ofrecen numerosos determinantes que hacen referencia a todo el periodo adolescente, un hecho, desde nuestro punto de vista, claramente discutible, ya que la adolescencia es un periodo de tiempo lo suficientemente largo como para hablar de determinantes globales. Es decir, ¿es igual la actividad sexual a los 13-14 años, que a los 17-18 años?, ¿podemos incluir a ambos grupos de jóvenes bajo los mismos parámetros de experiencia sexual?, ¿son iguales los determinantes en una edad que en otra?.

Ya que la edad es uno de los predictores más importantes de la conducta sexual (DiBlasio y Benda, 1992; García Blanco, 1994; Ku, Sonenstein y Pleck, 1993; Miller y Bingham, 1989), creemos que sería más útil, desde un marco evolutivo, y siguiendo una clasificación comúnmente aceptada (Elliott y Feldman, 1990; Phinney et al., 1990), conocer qué aspectos se relacionan con la actividad sexual en la adolescencia tardía (18-20/22 años). Vamos a intentar agrupar aquellos determinantes intrapersonales e interpersonales en cada una de dichas etapas (en la tabla 1 se recogen los principales estudios llevados a cabo desde el año 1985 hasta la actualidad. Para ver estudios anteriores remitimos al lector/a a los artículos de revisión citados).

Antes de ello, es necesario señalar otros factores de tipo social que pueden condicionar la actividad sexual adolescente. Podemos considerar que los importantes cambios económicos, políticos, ideológicos, ..., que han tenido lugar en nuestra sociedad han condicionado los diferentes comportamientos sexuales de los adolescentes. Sin entrar a valorar estos cambios, creemos que hay tres factores sociales claves que están influyendo en la mayor aceptación y participación de los jóvenes actuales en actividades sexuales: a) el cambio progresivo que en nuestra sociedad se está produciendo desde hace años hacia actitudes más permisivas en materia de sexualidad

Tabla 1. Estudios sobre los factores relacionados con la actividad heterosexual en la adolescencia

AUTORES	PREDICTORES	CRITERIOS	MUESTRA ¹	EDADES
Cullari y mikus (1990)	Edad, sexo, colegio religioso/ público, conocimiento, estructura familiar, motivaciones sexuales	Experiencia coital Edad primer coito	208 estudiantes "high school" 110 mujeres, 98 hombres Local / USA	
Daring, Davidson y Passarello (1992)	Sexo, edad primer coito	Satisfacción primer coito, características parterer y de la relación, culpa sexual...	208 univ. experiencia coital 114 m. y 94 h. Local / USA	media: 21,5 años
Davidson (1993)	Teoría del intercambio, del grupo de referencia y orienta- ción estructural-funcional	Experiencia coital premarital	754 mujeres univ. Local / USA	media: 19,6 años
DiBlassio y Benda (1992)	Teorías (16 factores): control, contención, aprendizaje social, asociación diferencial.	Experiencia coital, coitos último año, conductas sex. en relaciones de pareja	1478 estudiantes colegio 1114 m. y 364 h. Local / USA	13-18 años media: 15,8 años
Dorius, Heaton y Steffen (1993)	Estructura familiar, consumo drogas/alcohol, est. ocupacional, relaciones de pareja	Edad primer coito	1147 ambos sexos Nacional / USA	17-23 años
Earte y Perricone (1986)	Actitudes sexuales	Experiencia coital	793 univ. ambos sexos Local / USA	
Flewelling y Bauman (1990)	Estructura familiar	Experiencia coital	2102 ambos sexos Regional / USA	12-14 años
García Blanco (1994)	Edad, sexo, estudios, nivel educativo padres, religión, ...	Actitudes/conductas sex.	810 BUP/COU, 405 m./404 h. Com. Valenciana / ESPAÑA	14-17 años
Ku, Sonenstein y Pleck (1993)	Empleo, clase social, est. educat., estructura fam., edad, hábitat	Parejas sex. (último año) Frec. coito (último año)	1880 hombres Nacional / USA	15-19 años
Leitenberg, Greenwald y Tarran (1989)	Experiencias sexuales tempranas	Edad primer coito, parejas sexuales, experiencia coital, satisfacción, disfunciones.	576 univ. 388 m. y 188 h. Local / USA	media: 19 años

Tabla 1. (Continuación)

AUTORES	PREDICTORES	CRITERIOS	MUESTRA	EDADES
Loewenstein y Furstenberg (1991)	Actitudes, percepción iguales, edad, estatus escolar	Edad primer coito, frecuencia coito (último mes)	1032 mujeres Local / USA	14-18 años
McCabe (1987)	Estatus relación de pareja	Deseo y experiencia coito	1637, 804 m. y 833 h. Nacional / AUSTRALIA	16-25 años
Miller y Bingham (1989)	Estructura familiar, clase social, religión	Experiencia coital	1571 m. Nacional / USA	15-19 años
Miller et al. (1986)	Normas parentales	Experiencia coital	2423 "h.-sch.", 1526 m./897 h. Regional / USA	15-18 años media: 16 años
Miller y Olson (1988)	Sexo, edad, religión, estructura familiar, nivel educativo padres, actitudes.	Experiencia coital	2423 "high-school", 1526 m. y 897 h. Regional / USA	15-18 años media: 16 años
Newcomb, Huba y Bentler (1986)	Auto-aceptación, rol sexual feminista, red social anfónica, importancia rel., ausencia compet. heterosex., eventos estresantes, red social sex. activa	Status rel. pareja, número relaciones pasadas, activid. sexual (último año)	376, 193 m. y 183 h. Local / USA	12-18 años
Newcomer y Udry (1987)	Estructura familiar	Experiencia coital	1405 "junior high-school" Local / USA	12-15 años
Oliva, Serra y Vallejo (1993)	Nivel cultural (propios/padres), centro educativo, creenc. relig. y pol., hábitat rural/urbano, estat. relacional	Conductas sexuales	995, 498 m. y 496 h. Aragua / ESPAÑA	15-21 años
Olsen, Jensen y Graaves (1991)	Sexo	Actividad coital pasada y actual (último mes)	4671, 3600 m. y 971 h. Nacional / USA	15-21 años
Phinney et al. (1990)	Maduración sexual	Acceso relaciones de pareja y relaciones coitales	1834 mujeres Nacional / USA	15-19 años
Rochie y Ramsbey (1993)	Sexo, religión, educación padres	Conducta sex. propia/otros en distintos est. relacionales	268 "college", 197 m. y 71 h. Local / USA	

Tabla 1. (Continuación)

AUTORES	PREDICTORES	CRITERIOS	MUESTRA	EDADES
Sack et al (1984)	Religión, grupo iguales	Edad primer coito	1237 univ., 526 m. y 711 h.	
Sandler, Watson y Levine (1992)	Auto-concepto, "locus of control", orient. futuro, desar. cognitivo.	Actividad sexual	37 m. usuarías centro salud Local / USA	13-16 años media: 15,1 años
Simpson y Gangestad (1991)	Orientación sociosexual	Experiencia sexual actual y pasada	Varios estudios. Universitarios	
Snyder et al (1986)	"Self-monitoring"	Número parejas sexuales	255 univ., 116 m. y 139 h. Local / USA	media: 19 años
Sielzer et al (1987)	Atractivo físico	Edad primer coito, exper. coital, sexo oral, nº parejas sexuales	101 m. "college" Local / USA	18-24 años media: 19,9 años
Thornton (1990)	Edad primera "ciza", "cizas" último mes, parejas último mes, edad primera pareja, compromiso	Actitudes coito prem., exper. coital, nº parejas sexuales, edad primer coito, coitos último mes	882, 421 m. y 461 h. Local / USA	18 años
Thornton y Camburn (1989)	Creencias y prácticas religiosas	Experiencia sexual	888 Local / USA	18 años
Udry (1990)	18 factores fisiológicos y psicosociales	Inicio coito	1400 estudiantes Local / USA	11-15 años
West, Wright y MacIntyre (1993)	Sexo, est. relación, clase social, nivel educat., estatus educat. y laboral, relig., coito antes 16 años	Edad primer coito, parejas sexuales, coitos últimos tres meses	908, 478 m y 430 h. Local / ESCOCIA	18 años
Young et al. (1991)	Estructura familiar	Experiencia coital, coitos último mes	1401, 892 m. y 609 h. Nacional / USA	17-19 años
Zani (1991)	Ocupación, sexo, madurac. física, est. relacional, motivaciones sex.	Edad primer coito	603, 312 m. y 291 h. Regional / ITALIA	15-18 años

NOTA: sólo estudiantes cuando se especifica.

(Davidson, 1993; Zani, 1991); b) los continuos mensajes sexuales que se ofrecen a través de la televisión, el cine, revistas, etc. Llegando incluso a una situación de sobreestimulación sexual (López y Fuertes, 1989; Shaughnessy y Shakesby, 1992); c) y una ruptura de la secuencia matrimonio-sexualidad-hijos (Moore y Rosenthal, 1993). El retraso del matrimonio en los jóvenes de hoy, el inicio más temprano de la pubertad y el acceso más fácil a la contracepción, ha hecho posible esa ruptura. En estas condiciones, ¿se puede esperar que un/una joven no tenga actividad sexual hasta el matrimonio?. A pesar de todo, esta situación no explica el porqué unos jóvenes acceden a la actividad sexual más pronto que otros, o el porqué algunos jóvenes no tienen su primera experiencia coital hasta la vida adulta. Veamos algunas respuestas a estos interrogantes.

Adolescencia temprana (10-14 años)

Existen serias limitaciones a la hora de conocer la actividad sexual en esta etapa y sus posibles determinantes. Entre ellas, estarían:

1. Una ausencia prácticamente absoluta de estudios en estas edades. Las dificultades de muestreo (permisos de padres, profesores, etc.) y los posibles problemas éticos, pueden estar en el origen de esta carencia.

2. La mayor parte de estudios en la adolescencia no considera como criterio diferenciador las distintas etapas adolescentes, de tal forma que es muy difícil contrastar y comparar resultados. En otros casos, se entremezclan edades, generalizando las conclusiones a la *adolescencia* con todos los riesgos que esto supone.

3. Casi todos los trabajos son de tipo retrospectivo, la metodología es correlacional y los diseños son transversales. Las desventajas de los mismos en cuanto problemas de memoria, interpretación, etc., la ausencia de explicaciones causales y la falta de seguimientos longitudinales, dificultan conclusiones más sistemáticas y consistentes.

4. Una focalización prácticamente absoluta en las relaciones coitales, desconociendo la incidencia y características de otro tipo de conductas heterosexuales.

A pesar de estas limitaciones, ¿qué conocemos sobre la actividad heterosexual en esta etapa?. Ya que en estos momentos son muy pocos los jóvenes que toman parte en conductas heterosexuales (las conductas más frecuentes son las conductas autoeróticas), las preguntas surgen en torno al porqué algunos jóvenes participan en estas actividades mientras que otros no lo hacen.

En cuanto a la incidencia, la variabilidad entre estudios es enorme, pero podemos establecer que a los 14 años, entre el 3-12% de los jóvenes han experimentado el coito, y entre el 60-80% han tenido algún contacto heterosexual, genital o no (García Blanco, 1994; Leitenberg, Greenwald y Tarran, 1989; Loewenstein y Furstenberg, 1991; Phinney *et al.*, 1990; Sprecher, Barbee y Schwartz, 1995; Thornton, 1990; West, Wight y Macintyre, 1993). Independientemente de las variaciones, es importante señalar que cuando este tipo de conductas son deseadas, el partener tiene una edad similar y la participación es voluntaria, no tiene ninguna consecuencia negativa para el desarrollo físico y psíquico del chico/a, ni para el ajuste sexual en los años siguientes (Leitenberg, Greenwald y Tarran, 1989).

En relación a los factores asociados a estas conductas, en ocasiones han aparecido relaciones entre la actividad sexual y ciertas conductas anómicas o no normativas, como delincuencia, uso de drogas,..., llegando incluso a formular un "síndrome de conductas problema". Por ejemplo, Dorius, Heaton y Steffen (1993), encontraron que aquellos que consumieron tabaco o marihuana a los 12-14 años, tenían mayores probabilidades de tener relaciones coitales antes, sobre todo las mujeres. De todas formas, es necesario afirmar que generalmente las conductas sexuales siguen a las otras conductas, lo que algunos autores interpretan como un deseo de estos jóvenes

a tomar parte en conductas de riesgo (Elliott y Morse, 1989; Koyle *et al.*, 1989), o como una experimentación con conductas "de mayores" (Dorius, Heaton y Steffen, 1993).

Mayor influencia pueden tener los factores biológicos asociados a los cambios puberales. De hecho hay una relación clara entre el desarrollo puberal, el inicio de la actividad sexual adolescente (BrooksGunn y Furstenberg, 1989; Katchadourian, 1990; Zani, 1991), y la primera relación coital (Phinney *et al.*, 1990).

Los efectos biológicos pueden actuar de manera directa e indirecta. Las influencias directas se refieren a la actuación hormonal sobre el sistema nervioso. En este sentido, se ha encontrado una asociación positiva entre los niveles de testosterona y motivación y conducta sexual en chicos, y entre niveles de testosterona e interés sexual en chicas.

La conducta coital de las chicas estarían determinada en mayor medida por el desarrollo puberal y su interpretación social, aspecto que apenas tendría influencia en el caso de los chicos (Udry, 1990). Las influencias indirectas hacen referencia a la función de las características sexuales secundarias como fuentes de atracción y excitación sexual (Katchadourian, 1990; Udry, 1990). Por ejemplo, en esta dirección, Stelzer, Desmond y Price (1987) encontraron que el atractivo físico estaba muy relacionado con la actividad sexual en chicas, siendo las más atractivas las que más probabilidad tenían de haber tomado parte en conductas coitales y sexo oral. Sin embargo, el atractivo físico no estaba relacionado con la edad de la primera relación coital.

Estamos lejos de poder asegurar que los cambios biológicos u hormonales sean los determinantes últimos de la conducta sexual (¿podrían explicar la mayor precocidad de las relaciones sexuales en los jóvenes de hoy respecto a los de décadas pasadas?). Es necesaria mucha mayor investigación para establecer esa relación directa, o conocer si pueden operar a través de otras vías. Por ejemplo, Phinney *et al.*, (1990) concluyeron que las influencias físicas son mayores en la adolescencia temprana, cuando existe poca presión del grupo de iguales, pero en los últimos años adolescentes, serían más importantes las influencias sociales; o Edward Smith (1989), que propone un modelo biosocial desde el cual se alude a factores biológicos, sociales y a complejas interacciones entre ellos para explicar la conducta sexual adolescente.

También han recibido un importantes apoyo las influencias familiares. Tener hermanos mayores (Rodgers y Rowe, 1988), no vivir con los padres biológicos, no tenerlos o tener sólo uno, se asocia con el inicio más temprano de las conductas sexuales (Flewelling y Bauman, 1990; Miller y Bingham, 1989; Miller y Olson, 1988; Newcomer y Udry, 1987). Las razones pueden ser: la menor supervisión parental, el modelamiento que se produce si el padre o la madre tienen citas también, las actitudes más permisivas hacia la experimentación sexual que mantienen los padres divorciados, y la mayor confianza en los iguales en la información y modelamiento de la conducta sexual (Miller y Bingham, 1989; Miller y Moore, 1990; Newcomer y Udry, 1987; Young, Jensen, Olsen y Cundick, 1991).

Igualmente, las relaciones familiares conflictivas, carentes de afecto y distantes, facilitan el acceso de los jóvenes a la actividad sexual, probablemente por una mayor necesidad de afecto e independencia familiar (Katchadourian, 1990), y por lo tanto, con una mayor influencia del grupo de iguales (Davidson, 1993; DiBlasio y Benda, 1992).

En relación con el grupo de iguales, la popularidad con personas del otro sexo, el comienzo temprano de "citas" con personas del otro sexo, los que las valoran como muy importantes, el inicio de una relación estable y los que mantienen mayor nivel de implicación, afecto y compromiso en sus relaciones, tienen mayor experiencia sexual (Newcomb, Huba y Bentler, 1986; Roche, 1986; Udry, 1990), y el primer coito es más temprano (Davidson, 1993; Dorius, Heaton y Steffen, 1993; Thornton, 1990).

Por lo tanto, todo indica que los factores biológicos, unas pobres relaciones familiares y la interacción con iguales del otro sexo, facilitan que algunos jóvenes inicien sus primeras conductas

heterosexuales. Líneas futuras de investigación deben incidir en concretar más estos aspectos, iniciar otros nuevos asociados a los procesos de desarrollo y de la personalidad del joven, así como conocer sus relaciones con otros tipos de conducta sexual diferentes del coito.

Adolescencia media (15-17 años)

La limitación más importante que nos encontramos en esta etapa es la utilización recurrente de muestras de estudiantes, desconociendo la realidad de los adolescentes no escolarizados, parados o incorporados al mundo laboral. Igualmente, sigue existiendo una focalización prácticamente exclusiva en la experiencia coital, olvidando otro tipo de conductas que también pueden tener lugar en estos momentos.

En esta etapa, y aunque algunos jóvenes no tienen experiencia heterosexual (García Blanco, 1994), la mayor parte de ellos han experimentado algún tipo de conducta sexual, y un número importante de ellos inicia por primera vez las relaciones coitales. Así, de diversos estudios podemos concluir que entre el 40-50% de los jóvenes tienen experiencia coital en estas edades (Cullari y Mikus, 1990; Darling, Davidson y Passarello, 1992; Loewenstein y Furstenberg, 1991; Sueiro *et al.*, 1993; Zani, 1991), y que entre el 12-25% mantiene conductas coitales en la actualidad (García Blanco, 1994; Loewenstein y Furstenberg, 1991; Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Olsen, Jensen y Greaves, 1991). Por lo tanto, el interés básico en esta etapa es conocer qué factores intervienen en el acceso o no a la actividad coital.

Para ello, algunos estudios han considerado diversos factores sociodemográficos (Oliva, Serra y Vallejo, 1993; West, Wight y Macintyre, 1993), como la edad, el sexo (Miller y Olson, 1988), la clase social (Ku, Sonenstein y Pleck, 1993), creencias religiosas (Loewenstein y Furstenberg, 1991; Miller y Bingham, 1989; Sack, Keller y Hinkle, 1984) y políticas (Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Sherwin y Corbett, 1985), el vivir en un ambiente rural o urbano (Ku, Sonenstein y Pleck, 1993), la escolarización (Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Zani, 1991), o la asistencia a colegios religiosos o públicos (Cullari y Mikus, 1990).

A pesar de que habría que hacer numerosas matizaciones, las tendencias observadas en estos estudios manifiestan que los jóvenes de mayor nivel social y cultural, los menos dependientes de creencias religiosas, los que políticamente se definen de izquierdas, los que viven en ciudades, los no escolarizados..., se corresponderían con los jóvenes sexualmente más activos. Lo contrario sería cierto para los menos activos.

Sin embargo, actualmente, se supone que todos estos factores no tendrían un efecto directo sobre el acceso a la actividad sexual, sino que esta relación estaría mediatizada por las actitudes, creencias y valores sexuales (Loewenstein y Furstenberg, 1991; Miller y Olson, 1988). Así, cuanto más positivas son sus actitudes hacia las relaciones sexuales, más probable es que tengan algún tipo de experiencia sexual (Davidson, 1993; DiBlasio y Benda, 1992; Earle y Perricone, 1986; Loewenstein y Furstenberg, 1991), aunque también es posible que las actitudes sexuales cambien con la conducta (DeLamater y MacCorquodale, 1979).

Otros autores han tratado de establecer la relación de estas conductas con otros procesos de desarrollo. Las limitaciones en el pensamiento lógico pueda explicar el carácter de impredecible o espontáneo, que los propios adolescentes atribuyen a su conducta sexual (Loewenstein y Furstenberg, 1991). Por ejemplo, Sandler, Watson y Levine (1992), encontraron que la toma de decisiones sexuales en chicas adolescentes, estaba muy relacionada con aspectos como la capacidad de razonamiento verbal y la flexibilidad cognitiva, y en menor medida con el autoconcepto y el «locus of control».

En relación con este tema, uno de los factores más estudiados ha sido la autoestima, aunque los resultados han sido confusos. Por ejemplo, Orr, *et al.*, (1989), encontraron que las chicas sexualmente activas (entre 12 y 16 años), tuvieron la autoestima más baja, mientras que

Newcomb, Huba y Bentler, (1986) encontraron el patrón opuesto, aunque su muestra representaba a adolescentes de mayor edad. Posiblemente, estas contradicciones puedan ser explicadas por la congruencia entre actitudes y conductas. Así, en el trabajo de Miller, Christensen y Olson (1987), la autoestima más alta se hallaba en los sujetos que coincidían en actitudes y conductas sexuales, mientras que la más baja se encontró en las personas con actitudes y conductas discrepantes.

Las influencias familiares parecen ser igualmente importantes en estos momentos. Se ha encontrado una relación clara entre normas parentales y experiencia coital, siendo los adolescentes sexualmente más activos quienes experimentaron una ausencia de reglas y normas parentales o una disciplina y reglas muy estrictas (Miller *et al.*, 1986).

En cuanto a la estructura familiar, aparecen datos contradictorios. En algunos trabajos parece que el vivir con un padre o con los dos no se relaciona con la experiencia coital en estas edades (Cullari y Mikus, 1990), aunque en otros existe una relación positiva entre hogar monoparental y experiencia sexual (Miller y Olson, 1988). En un interesante estudio, Dorius, Heaton y Steffen (1993) tienen en cuenta el momento de la separación o divorcio, y el comienzo de las relaciones sexuales de los hijos. Los autores concluyen que la ruptura del matrimonio tuvo más influencia en el inicio de la actividad sexual, que el hecho de vivir en un hogar monoparental (los padres separados antes de que los hijos tuvieran 12 años tuvo poco efecto en la iniciación sexual).

Otro aspecto que se ha valorado ha sido el nivel educativo de los padres, encontrando una relación negativa entre nivel educativo de los padres y conducta sexual de los hijos en la adolescencia (Miller y Bingham, 1989; Miller y Olson, 1988). Las mayores metas educativas y de logro profesional en estos hogares, pueden estar en el origen de estos resultados. Resultados menos consistentes se han encontrado que la mejor comunicación se asociaba con una menor actividad sexual adolescente, mientras que otros han encontrado diferencias entre los sexos: la comunicación con la madre estaba relacionada con menor actividad sexual, mientras que la comunicación con el padre de tópicos sexuales se asociaba con mayor experiencia sexual (ver Miller y Moore, 1990).

Otro factor relacional importante es el grupo de iguales. Se ha comprobado que los amigos son la principal fuente de información sexual, y una importante fuente de influencia sobre las opiniones, actitudes, creencias y conductas sexuales de los adolescentes (Cullari y Mikus, 1990; Katchadourian, 1990; Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Sanders y Mullis, 1988; Zani, 1991). Y, aunque no podemos establecer la causalidad directa, hay una relación clara entre actitudes positivas hacia la sexualidad, opiniones sobre la mejor edad para tener la primera relación coital, creencias sobre la conducta sexual de los iguales, y actividad sexual (Billy, Rodgers y Udry, 1984; Loewenstein y Furstenberg, 1991; Sack, Keller y Hinkle, 1984). En un estudio con adolescentes, DiBlasio y Benda (1992) encontraron que entre varias teorías sobre la conducta sexual adolescente, el factor de mayor poder predictivo de la experiencia coital, tanto en chicos como en chicas, era la percepción de los mejores amigos como sexualmente activos.

Está totalmente aceptada la asociación que existe entre la pertenencia a un grupo sexualmente activo y ser sexualmente activo; lo que no está tan claro es la dirección que sigue. Es decir, el hecho de pertenecer a un grupo sexualmente activo, ¿éste impulsa a todos sus miembros a ser igualmente activos?, o por contra, ¿las personas sexualmente activas se afilian a grupos sexualmente activos?. Hay argumentos que apoyarían las dos direcciones. Por una parte, la percepción de los adolescentes de lo sexualmente experimentados que pueden ser sus amigos, es un buen predictor de la propia experiencia sexual, aunque estas percepciones suelen ser estimaciones más elevadas que la realidad (DiBlasio y Benda, 1992; Loewenstein y Furstenberg, 1991; Roche y Ramsbey, 1993). Pero por otra, es posible que las personas busquen amigos, que compartan y confirmen sus valores, actitudes y conductas (Billy, Rodgers y Udry, 1984; Newcomb, Huba y Bentler, 1986). Lejos de encontrar una única vía, posiblemente debamos considerar que la relación puede ser recíproca más que unidireccional.

Sin embargo, el componente relacional más importante a la hora de tomar la decisión de implicarse o no en una actividad sexual, es el afecto o amor experimentado en una relación. En muchos casos, se considera como una precondition o justificación del acceso a la actividad sexual, y es perfectamente aceptado por las normas de sus grupo de iguales. Numerosos trabajos coinciden al señalar que un buen número de adolescentes mantienen sus primeras relaciones sexuales donde existe la pasión del enamoramiento, el afecto, el cariño o el compromiso de una relación íntima (Cullari y Mikus, 1990; Darling, Davidson y Passarello, 1992; Davidson, 1993; McCabe, 1987; Newcomb, Huba y Bentler, 1986; Talmadge, 1985; Thornton, 1990).

Sin embargo, y aunque es muy importantes para ambos sexos, parece ser que las chicas conceden una mayor importancia a la vinculación afectiva con otra persona, mientras que los chicos valoran más el placer sexual que pueden obtener en sus relaciones (Darling, Davidson y Passarello, 1992; Earle y Perricone, 1986; Koch, 1988; Oliva, Serrra y Vallejo, 1993; Roche, 1986; Roche y Ramsbey, 1993). Estas diferencias posiblemente sean debidas a los distintos guiones culturales que describen y definen la actividad sexual adecuada para hombres y mujeres. A pesar de todo, algunos trabajos ya señalan escasas diferencias entre los sexos (McCabe, 1987), por lo que es posible sospechar que las presiones sociales hacia los chicos a ser más expresivos e íntimos, están influyendo en la mayor valoración de los afectos por parte de éstos.

En resumen, parece que la ocurrencia conjunta de unas relaciones afectivas débiles con los padres, la asociación con iguales sexualmente activos, y la valoración e implicación en una relación de pareja, incrementan la probabilidad de que chicos y chicas se impliquen en actividades sexuales en estas edades. Lo contrario, dificultaría el acceso a las conductas heterosexuales.

Adolescencia tardía (18-20/22 años)

La limitación más importante que nos encontramos en esta etapa sigue siendo la utilización de muestras de estudiantes y universitarios, con la dificultad que eso supone en cuanto a la generalización de resultados. Además, la mayor parte de los trabajos han estudiado principalmente aspectos cuantitativos de la actividad heterosexual, tales como frecuencia coital en la actualidad o número de parejas sexuales, pero mucho menos aspectos cualitativos de esas relaciones, como calidad, satisfacción sexual o sentimientos asociados a las mismas.

La incidencia de conductas heterosexuales en estas edades es muy alta, situándose entre el 60-70% de jóvenes los que han tenido experiencia coital a los 18-19 años (Earle y Perricone, 1986; Thornton, 1990), por lo que la mayor parte de los factores que se puedan estudiar en relación con estas conductas, nos darán asociaciones significativas (p. ej. DiBlasio y Benda, de 21 factores estudiados, encontraron que 15 de ellos tenían una relación significativa con la experiencia coital). Por lo tanto, en estas edades la actividad heterosexual debe considerarse algo normativo, por lo que los intereses deberían centrarse en la implicación heterosexual actual, la calidad de esas experiencias, y en las situaciones o dificultades que pueden rodear a algunos jóvenes que no informan de ninguna experiencia heterosexual.

De todas formas, cuando se tiene en cuenta la continuidad y permanencia de las conductas sexuales, es posible que la incidencia de las conductas heterosexuales no sea tan alta como han supuesto muchos trabajos, (p. ej. Thornton (1990), encontró que el 64% de los chicos y chicas de 18 años, no habían tenido relaciones coitales en el último mes). La importancia de distinguir entre experiencia sexual y actividad sexual actual, de cara a la prevención de riesgos, ha quedado claramente reflejada en el trabajo de Olsen, Jensen y Greaves (1991). En este apartado nos centraremos en la segunda.

En relación a los factores relacionados con estas conductas, la práctica religiosa y las actitudes sexuales conservadores se asocian negativamente con la actividad sexual (Earle y

Perricone, 1986; Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Roche y Ramsbey, 1993; Thornton y Camburn, 1989), mientras que el abandono de los estudios (Dorius, Heaton y Steffen, 1993; Loewenstein y Furstenberg, 1991; West, Wight y Macintyre, 1993), y el acceso al trabajo (Ku, Sonenstein y Pleck, 1993; West, Wight y Macintyre, 1993), se relacionan con una mayor actividad sexual. Sin embargo, es difícil determinar la dirección causal de estas relaciones, aunque es posible que la influencia pueda ser bidireccional (Thornton y Camburn, 1989).

Resultados más claros se han encontrado en relación al papel que juegan las actividades sexuales tempranas, sobre todo si implican algún contacto genital. Así, todo indica que la actividad coital y los contactos genitales en la adolescencia temprana, se relacionan positivamente con la frecuencia de relaciones coitales y el número de parejas sexuales en los años posteriores (Koyle *et al.*, 1989; Leitenberg, Greenwald y Tarran, 1989; Thornton, 1990). En general, se han propuesto dos explicaciones: que la primera experiencia predispone a otras nuevas, o que la primera experiencia provoca cambios en su medio social (etiquetados como promiscuos, son tratados como tal por los iguales).

Otros autores han considerado la importancia de otras variables de personalidad y de desarrollo. En cuanto las primeras, es importante destacar los constructos extroversión-introversión (Eysenck, 1976), la búsqueda de sensaciones (Zuckerman, Tushup y Finner, 1976) y la dimensión erotofilia-erotofobia (Fisher *et al.*, 1988), siendo los sujetos que puntúan alto en "búsqueda de sensaciones", los extrovertidos y los que mantienen actitudes erotofílicas, quienes manifiestan mayor actividad sexual y con mayor número de parejas.

Más recientemente, se han introducido otros conceptos como la orientación sociosexual o el "self-monitoring". El "self-monitoring" hace referencia al modo de responder ante las demandas situacionales (Snyder, Simpson y Gangestad, 1986). Se ha encontrado que los individuos altos en "self-monitoring" tienen relaciones sexuales con muchos partners, se sienten cómodos ante una relación causal, no necesitan que les una ningún tipo de afecto con la persona, etc. (Snyder y Simpson, 1987; Snyder, Simpson y Gangestad, 1986). De manera similar, la orientación sociosexual tendría dos polos, una restrictiva, en la que es necesario un compromiso antes de tomar parte en la actividad sexual, y otra no restrictiva, en la que no es necesario ese compromiso. Los individuos que adoptan una orientación restrictiva tienen pocas relaciones sexuales, y casi nunca han tenido una o sólo una relación sexual con un partner. Los individuos que adoptan una orientación no restrictiva tienen o han tenido varios partners, en ocasiones han tenido una sola relación sexual con algún partner y tienen relaciones sexuales en un momento más temprano de la relación (Simpson y Gangestad, 1991).

En cuanto a las influencias familiares, la estructura familiar aparece de nuevo asociada a la actividad sexual, siendo aquellos/as que viven en un hogar monoparental quienes informan de mayor número de parejas sexuales y mayor frecuencia de relaciones coitales (Ku, Sonenstein y Pleck, 1993; Young *et al.*, 1991). Sin embargo, no hay relación entre educación parental y conductas sexuales de sus hijos (ver Hansen, Christopher y Nangle, 1992; Miller y Moore, 1990; Roche y Ramsbey, 1993).

Es posible que las influencias familiares sean menores en estos momentos, y que cobren mayor importancia aquellos otros factores asociados al mundo relacional de los jóvenes, como puede ser el tener pareja o no. Así, los/las que tienen pareja, y llevan mayor tiempo con ella, tienen mayor cantidad y variedad de conductas sexuales (Oliva, Serra y Vallejo, 1993; Roche y Ramsbey, 1993; Thornton, 1990; West, Wight y Macintyre, 1993), y experimentan mayor satisfacción con las mismas (Sprecher, Barbee y Schwartz, 1995; Sueiro *et al.*, 1993). Además, el inicio temprano de una relación de pareja, está asociado con las actitudes hacia la sexualidad, el número de parejas y la experiencia sexual actual (Earle y Perricone, 1986; Thornton, 1990).

En definitiva, son numerosos los factores que parecen incidir en el inicio, variedad y número de parejas sexuales en esta etapa. La investigación futura debe indagar en nuevos factores,

sobre todo aquellos relacionados con variables de desarrollo personal, cognitivo, moral, etc., profundizar en otros recientes, como la biología, y aclarar algunas contradicciones, como los factores de personalidad y en concreto, el papel de la autoestima. Más allá de esto, y siguiendo metodologías de investigación más complejas, es necesario poner a prueba diversas teorías y conocer qué factores son los que tienen más peso a la hora de explicar el comportamiento heterosexual. Algunos intentos de esta integración son los llevados a cabo por Davidson (1993), que trabajó con 78 proposiciones empíricas elaboradas de la literatura científica; Newcomb, Huba y Bentler (1986) utilizando modelos causales con variables latentes, y DiBlasio y Benda (1992) con técnicas de regresión. La contrastación de éstos y nuevos trabajos, aportará más luz sobre el conocimiento de la actividad heterosexual adolescente.

Conclusiones: Implicaciones para la educación sexual

Tradicionalmente, este tema estaba muy asociado a la prevención de riesgos como embarazos no deseados, ETS, y SIDA, aludiendo desde la educación sexual a su evitación, con las connotaciones que esto suponía en cuanto a la asociación sexualidad-peligro (López, 1990). Sin embargo, en la actualidad, el trabajo en educación sexual plantea una visión positiva de la sexualidad, en la que la evitación de riesgos debe jugar un papel importante, pero no el único. En este marco, vamos a subrayar en diez puntos las consecuencias más importantes que podemos extraer de esta revisión.

Primero, la actividad sexual adolescente debe considerarse como algo normativo, sobre todo en los últimos años adolescentes. Numerosos adolescentes participan en una gran variedad y cantidad de conductas sexuales. La mayor permisividad social, el retraso en el matrimonio, el alargamiento de la adolescencia como etapa evolutiva, las influencias biológicas, etc., son algunas de las razones de esta normativización. Es fácil entender que muchas personas no vean bien o no acepten la actividad heterosexual adolescente desde criterios morales. Sin embargo, desde un punto de vista de salud, cuando estas conductas son deseadas, planificadas y voluntarias, no conllevan ningún riesgo para el desarrollo adolescente. Esto supone que los profesionales de la educación deben mantener actitudes abiertas, tolerantes y respetuosas con aquellos/as que voluntariamente deciden mantener relaciones sexuales, al igual que con los/las que deciden no tenerlas. Justificar con argumentos o actitudes morales un desconocimiento profesional, es uno de los errores que debe evitar cualquier educador/a sexual.

Segundo, aunque las diferencias entre los sexos en las actitudes y en las conductas sexuales han disminuido, no han desaparecido, sobre todo en los primeros años adolescentes. Es necesario, desde la educación sexual, trabajar en la adolescencia temprana las expectativas diferenciales que sobre el comportamiento sexual se siguen manteniendo sobre los chicos y chicas. La actitud hacia el sexo causal, el rol de los chicos y las chicas en las primeras relaciones, las connotaciones de una conducta (p. ej., un beso para una chica puede ser un signo de afecto, y para un chico, el primer paso para el coito), etc., son algunas de esas diferencias.

Tercero, tanto chicos como chicas tienen relaciones coitales en edades cada vez más tempranas. Conocer los riesgos que pueden conllevar estas prácticas, sus formas de evitación, y concienciarse de la toma de decisiones responsables en materia de sexualidad, deben ser objetivos básicos en la educación sexual.

Cuarto, un buen número de adolescentes de ambos sexos participan en actividades sexuales no deseadas. Los educadores/as deben ayudar a reconocer a los adolescentes aquellos motivos no sexuales que impulsan la conducta sexual. Además, el aprendizaje de habilidades sociales ("decir no"), el diseño de actividades de afirmación y de autoestima, y el fomentar un *locus de control* interno, puede ayudarles a afrontar estas situaciones desde una mejor posición.

Quinto, para algunos adolescentes, la primera relación coital conlleva sentimientos de culpabilidad, insatisfacción o desagrado. Socialmente, no se les prepara para hacer frente a estos sentimientos, e incluso se les mitifica. Es necesario contribuir desde la educación a desmitificar esta primera vez, a que sea planificada y deseada por los dos miembros de la pareja, se disminuyan las presiones de uno hacia otro, se anticipen dificultades, se evite la ansiedad de ejecución en ellos, se eliminen numerosos mitos y falsas creencias, se mejoren las habilidades de comunicación, etc.

Sexto, trabajando la respuesta sexual humana, es importante contribuir a la prevención de disfunciones sexuales, como eyaculación precoz, dificultades de la erección, vaginismo, anorgasmia, etc. La aceptación, desde un punto de vista actitudinal, de este tipo de problemas, el reconocimiento o la detección temprana, el conocimiento de recursos disponibles, y las habilidades necesarias para la búsqueda de ayuda, son contenidos a tener en cuenta en la educación sexual.

Séptimo, destronar el mito de la promiscuidad sexual. Cuando se tiene en cuenta la actividad sexual que mantienen los adolescentes en la actualidad, es mucho menor de lo que muchos estudios han supuesto. La mayor parte de la actividad sexual de los/las adolescentes tiene lugar en un contexto afectivo, principalmente en el marco de una relación de pareja. Conocer las características de los diferentes vínculos afectivos, aceptarlos positivamente, saber hacer frente a los afectos no correspondidos (p. ej. el enamoramiento), no instrumentalizarlos en beneficio personal, etc., son algunos de los objetivos que se deben plantear en este tema.

Octavo, analizar críticamente la postura de la sociedad ante la sexualidad juvenil. Las distintas presiones que nuestra sociedad ejerce sobre chicos y chicas, la instrumentalización, comercialización y sobreestimulación sexual a la que se ven sometidos los jóvenes, la incertidumbre que existe respecto a la adolescencia y sus posibilidades, etc., están contribuyendo a una situación que dificulta sobremanera el acceso voluntario, sano y responsable a la actividad heterosexual. Análisis críticos sobre lo que se espera de los chicos y las chicas en materia sexual, y el uso que de la sexualidad hace nuestra sociedad (p. ej. en la publicidad, la pornografía, el cine, la TV, etc.), pueden contribuir de laguna manera a paliar esta situación.

Noveno, son numerosos los determinantes y condicionantes de las experiencias heterosexuales adolescentes en cada una de las etapas. Cualquier programa de prevención debe tenerlos en cuenta para detectar, lo más exactamente, grupos de riesgo, y para la intervención posterior en esos grupos. Así, sabemos que diversos factores sociodemográficos, actitudes positivas hacia las conductas premaritales, experiencias genitales tempranas, las relaciones de pareja, un grupo de iguales activo, etc., predicen la actividad sexual adolescente. La evaluación de estos aspectos puede ayudarnos a seleccionar grupos y estrategias de intervención. Igualmente, debemos considerar la pubertad como un momento clave para intensificar la educación sexual.

Décimo, no debemos olvidar aquellos factores que tienen que ver con las relaciones familiares. En el trabajo con padres y madres es importante hacerles ver la enorme influencia que tienen en la sexualidad de sus hijos. Trabajar aspectos como el apego, las normas parentales, la comunicación sexual en la familia, las actitudes de los padres, la calidad de las relaciones entre padres y entre padres e hijos, el afrontamiento de las separaciones o divorcios, etc. pueden contribuir a una mejor disposición de cara a la educación de sus hijos.

Para finalizar, queremos señalar que si bien en ocasiones se tiende a considerar problemática la actividad sexual adolescente, por su asociación con otras conductas como el consumo de drogas, la delincuencia, el fracaso escolar, etc., la sexualidad adolescente no tiene por qué ser negativa. Cuando la sexualidad se vive en un contexto de aceptación, de responsabilidad, libre de riesgos y en un marco de ética social y relacional (edades similares, participación en la actividad de manera libre y voluntaria, búsqueda de la satisfacción de ambos,...), no existe ningún peligro para el desarrollo intrapersonal e interpersonal saludable del/de la adolescente.

Referencias

- Billy, J.O.; Rodgers, J.L. y Udry, J.R. (1984). Adolescent sexual behavior and friendship choice. *Social Forces*, 62, 653-678.
- BrooksGunn, J. y Furstenberg, F.F.Jr (1989). Adolescent sexual behavior. *American Psychologist*, 44, 249-257.
- Byers, E.S. y Levis, K. (1988). Dating couples' disagreements over the desired level of sexual intimacy. *The Journal of Sex Research*, 24, 15-29.
- Cullari, S. y Mikus, R. (1990). Correlates of adolescent sexual behavior. *Psychological Reports*, 66, 1179-1184.
- Darling, C.A.; Davidson, J.K. y Passarello, L.C. (1992). The mystique of first intercourse among college youth: the role of partners, contraceptive practices, and psychological reactions. *Journal of Youth and Adolescence*, 21, 97-117.
- Davidson, J.K. (1993). Premarital sexual intercourse and axiomatic theory construction. *Sociological Inquiry*, 63, 84-100.
- DeLamater, J.D. y MacCorquodale, P. (1979). *Premarital sexuality: attitudes, relationships, behaviors*. Madison, WI: University of Wisconsin Press.
- DiBlasio, F.A. y Benda, B.B. (1992). Gender differences in theories of adolescent sexual activity. *Sex Roles*, 27, 221-239.
- DiClemente, R.J. (1992). *Adolescents and AIDS*. Newbury Park: Sage.
- Dorius, G.L.; Heaton, T.B. y Steffen, P. (1993). Adolescent life events and their association with the onset of sexual intercourse. *Youth and Society*, 25, 3-23.
- Dryfoos, J.G. (1990). *Adolescents at risk. Prevalence and prevention*. New York: Oxford University Press.
- Earle, J.R. y Perricone, P.J. (1986). Premarital sexuality: a ten years study of attitudes and behavior on a small university campus. *The Journal of Sex Research*, 22, 304-310.
- Elliott, D.S. y Morse, B.J. (1989). Delinquency and drug use as risk factors in teenage sexual activity. *Youth and Society*, 21, 32-57.
- Elliott, G.R. y Feldman, S.S. (1990). Capturing the adolescent experience. En S.S. Feldman & G.R. Elliott (Eds.), *At the threshold: the developing adolescent (1-14)*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Eysenck, H.J. (1976). *Sex and personality*. London: Open Books.
- Fisher, W.A.; Byrne, D.; White, L.A. y Kelley, K. (1988). Erotophobia-Erotophilia as a dimension of personality. *The Journal of Sex Research*, 25, 123-151.
- Flewelling, R.L. y Bauman, K.E. (1990). Family structure as a predictor of initial substance use and sexual intercourse in early adolescence. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 171-180.
- Fuertes, A.; Soriano, S. y Martínez, J.L. (1995). La sexualidad en la adolescencia. En F. López (Ed.), *Educación sexual de adolescentes y jóvenes (233-250)*. Madrid: Siglo XXI.
- García Blanco, J. (1994). *Sexualidad y adolescencia (14-17 años)*. Valencia: Promolibro.
- Guerrero, L.K. y Andersen, P.A. (1994). Patterns of matching and initiation: touch behavior and touch avoidance across romantic relationship stages. *Journal of Nonverbal Behavior*, 18, 137-153.
- Gullotta, T.P.; Adams, G.R. y Montemayor, R. (1993). *Adolescent sexuality*. Newbury Park: Sage.
- Hansen, D.J.; Christopher, J.S. y Nangle, D.W. (1992). Adolescent heterosocial interactions and dating. En V.B. Hasselt y M. Hersen (Eds.), *Handbook of Social Development: A Lifespan Perspective (371-394)*. New York: Plenum Press.
- Hendrick, S.; Hendrick, C.; SlapionFoote, M.J. y Fooste, F.H. (1985). Gender differences in sexual attitudes. *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, 1630-1642.
- Katchadourian, H. (1990). Sexuality. En S.S. Feldman y G.R. Elliott (Eds.), *At the threshold: the developing adolescent (330-351)*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Koch, P.B. (1988). The relationship of first intercourse to later sexual functioning concerns of adolescents. *Journal of Adolescence Research*, 3, 345-362.
- Kowalski, R.M. (1993). Inferring sexual interest from behavioral cues: effects of gender and sexually relevant attitudes. *Sex Roles*, 29, 13-36.
- Koyle, P.; Jensen, L.; Olsen, J. y Cundick, B. (1989). Comparison of sexual behaviors among adolescents having an early, middle, and late first intercourse experience. *Youth and Society*, 20, 461-475.
- Ku, L.; Sonenstein, F.L. y Pleck, J.H. (1993). Neighborhood, family and work: influences on the premarital behaviors of adolescents males. *Social Forces*, 72, 479-503.
- Leary, M.R. y Dobbins, S.E. (1983). Social anxiety, sexual behavior and contraceptive use. *Journal of Personality and Social Psychology*, 45, 1347-1354.
- Leitenberg, H.; Greenwald, E. y Tarran, M.J. (1989). The relation between sexual activity among children during preadolescence and/or early adolescence and sexual behavior and sexual adjustment in young adulthood. *Archives of Sexual Behavior*, 18, 299-313.
- Lewin, B. (1987). Adolescent sexuality: changing behavior and lasting trust in the family. In Paper presented at CFR/CYR International Seminar on Young People and their parents. Munich.
- Loewenstein, G. y Furstenberg, F. (1991). Is teenage sexual behavior rational? *Journal of Applied Social Psychology*, 21, 957-986.
- López, F. (1990). *Educación sexual*. Madrid: Fundación Universidad Empresa.
- López, F. y Fuertes, A. (1989). *Para comprender la sexualidad*. Estella: Verbo Divino.
- Malo de Molina, C. (1992). *Los españoles y la sexualidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- McCabe, M.P. (1987). Desired and experienced levels of premarital affection and sexual intercourse during dating. *The Journal of Sex Research*, 23, 23-33.
- McCabe, M.P. y Collins, J.K. (1984). Measurement of depth of desired and experienced sexual involvement at different stages of dating. *The Journal of Sex Research*, 20, 377-390.
- Miller, B. y Bingham, C. (1989). Family configurations in relation to the sexual behavior of female adolescents. *Journal of Marriage and the Family*, 51, 499-506.

- Miller, B.C.; Christensen, R.B. y Olson, T.D. (1987). Adolescent self-esteem in relation to sexual attitudes and behavior. *Youth and Society*, 19, 93-111.
- Miller, B.C.; Christopherson, C.R. y King, P.K. (1993). Sexual behavior in adolescence. En T.P. Gullotta, G.R. Adams y R. Montemayor (Eds.), *Adolescent sexuality* (57-76). Newbury Park: Sage.
- Miller, B.; McCoy, J.; Olson, T. y Wallace, C. (1986). Parental discipline and control attempts in relation to adolescent sexual attitudes and behavior. *Journal of Marriage and the Family*, 48, 503-512.
- Miller, B.C. y Moore, K.A. (1990). Adolescent sexual behavior, pregnancy, and parenting: research through the 1980s. *Journal of Marriage and the Family*, 52, 1025-1044.
- Miller, B.C. y Olson, T.D. (1988). Sexual attitudes and behavior of high school students in relation to background and contextual factors. *The Journal of Sex Research*, 24, 194-200.
- Moore, S. y Rosenthal, D. (1993). *Sexuality in adolescence*. London: Routledge.
- Newcomb, M.D.; Huba, G.J. y Bentler, P.M. (1986). Determinants of sexual and dating behaviors among adolescents. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 428-438.
- Newcomer, S. y Udry, J. (1987). Parental marital status effects on adolescent sexual behavior. *Journal of Marriage and the Family*, 49, 235-240.
- Newcomer, S.F. y Udry, J.R. (1983). Adolescent sexual behavior and popularity. *Adolescence*, 18, 515-522.
- Oliva, A.; Serra, L. y Vallejo, R. (1993). Sexualidad y contracepción en jóvenes andaluces. Estudio cuantitativo. Junta de Andalucía: Consejería de Salud.
- Olsen, J.A.; Jensen, L.C. y Greaves, P.M. (1991). Adolescent sexuality and public policy. *Adolescence*, 26, 419-430.
- Orr, D.P., et al. (1989). Reported sexual behaviors and self-esteem among young adolescents. *American Journal Diseases of Children*, 143, 86-90.
- O'Sullivan, L.F. y Byers, E.S. (1992). College students' incorporation of initiator and restrictor roles in sexual dating interactions. *The Journal of Sex Research*, 29, 435-446.
- Phinney, V.G.; Jensen, L.C.; Olsen, J.A. y Cundick, B. (1990). The relationship between early development and psychosexual behaviors in adolescent females. *Adolescence*, 25, 321-332.
- Roche, J.P. (1986). Premarital sex: attitudes and behavior by dating stage. *Adolescence*, 21, 107-121.
- Roche, J.P. y Ramsbey, T.W. (1993). Premarital sexuality: a five-year followup study of attitudes and behavior by dating stage. *Adolescence*, 28, 67-80.
- Rodgers, J. y Rowe, D. (1988). Influences of siblings on adolescent sexual behavior. *Developmental Psychology*, 24, 722-728.
- Sack, A.R.; Keller, J.F. y Hinkle, D.C. (1984). Premarital sexual intercourse: a test of the effects of peer group, religiosity, and sexual guilt. *The Journal of Sex Research*, 20, 168-185.
- Sanders, G. y Mullis, R. (1988). Family influences on sexual attitudes and knowledge as reported by college students. *Adolescence*, 23, 837-845.
- Sandler, A.D.; Watson, T.E. y Levine, M.D. (1992). A study of the cognitive aspects of sexual decision making in adolescent females. *Journal of Developmental and Behavioral Pediatrics*, 13, 202-207.
- Shaughnessy, M.F. y Shakesby, P. (1992). Adolescent sexual and emotional intimacy. *Adolescence*, 27, 475-480.
- Sherwin, R. y Corbett, S. (1985). Campus sexual norms and dating relationships: a trend analysis. *The Journal of Sex Research*, 21, 258-274.
- Simpson, J.A. y Gangestad, S.W. (1991). Individual differences in sociosexuality: evidence for convergent and discriminant validity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60, 870-883.
- Smith, E. (1989). A biosocial model of adolescent sexual behavior. En G.R. Adams, R. Montemayor y T.P. Gullotta, (Eds.), *Biology of adolescent behavior and development* (143-167). Newbury Park, CA: Sage.
- Snyder, M. y Simpson, J.A. (1987). Orientations toward romantic relationships. En D. Perlman y S. Duck (Eds.), *Intimate relationships. Development, dynamics and deterioration* (45-62). Newbury Park: Sage.
- Snyder, M.; Simpson, J.A. y Gangestad, S. (1986). Personality and sexual relations. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 181-190.
- Sprecher, S. (1989). Premarital sexual standards for different categories of individuals. *The Journal of Sex Research*, 26, 232-248.
- Sprecher, S.; Barbee, A. y Schwartz, P. (1995). "Was it food for you, too?": Gender differences in first sexual intercourse experiences. *The Journal of Sex Research*, 32, 3-15.
- Sprecher, S.; McKinney, K. y Orbuch, T.L. (1991). The effect of current sexual behavior on friendship, dating and marriage desirability. *The Journal of Sex Research*, 28, 387-408.
- Sprecher, S.; McKinney, K.; Walsh, R. y Anderson, C. (1988). A revision of the Reiss Premarital Sexual Permissiveness Scale. *Journal of Marriage and the Family*, 50, 821-828.
- Stelzer, C.; Desmond, S.M. y Price, J.H. (1987). Physical attractiveness and sexual activity of college students. *Psychological Reports*, 60, 567-573.
- Sueiro, E. et al. (1993). Sexualidad en mujeres adolescentes. *Cuadernos de Medicina Psicosomática*, 26, 36-42.
- Talmadge, W.C. (1985). Premarital sexuality. En L. L'Abate (Eds.), *The handbook of family psychology and therapy* (435-465). Chicago: The Dorsey Press.
- Thornton, A. (1990). The courtship process and adolescent sexuality. *Journal of Family Issues*, 11, 239-273.
- Thornton, A. y Camburn, D. (1989). Religious participation and adolescent sexual behavior and attitudes. *Journal of Marriage and the Family*, 51, 641-652.
- Udry, J.R. (1990). Hormonal and social determinants of adolescent sexual initiation. En J. Bancroft y J.M. Reinisch (Eds.), *Adolescence and puberty* (70-87). New York: Oxford University Press.
- Weinstein, E. y Rosen, E. (1991). The development of adolescent sexual intimacy: implications for counseling. *Adolescence*, 26, 331-339.

- West, P.; Wight, D. y Macintyre, S. (1993). Heterosexual behavior of 18 years old in the Glasgow area. *Journal of Adolescence*, 16, 367-396.
- White, S.D. y DeBlassie, R.R. (1992). Adolescent sexual behavior. *Adolescence*, 27, 183-191.
- Young, E.W.; Jensen, L.C.; Olsen, J.A. y Cundick, B.P. (1991). The effects of family structure on the sexual behavior of adolescents. *Adolescence*, 26, 977-986.
- Zani, B. (1991). Male and female patterns in the discovery of sexuality during adolescence. *Journal of Adolescence*, 14, 163-178.
- Zuckerman, M.; Tushup, R. y Finner, S. (1976). Sexual attitudes and experience: attitude and personality correlates and changes produced by a course in sexuality. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 44, 7-19.